

LA PRIMERA REVOLUCION GLOBAL. LA NECESIDAD DE UN ENFOQUE GENERACIONAL

Alexander King

Estamos convencidos de que nos encontramos en los albores de la formación de un nuevo tipo de sociedad mundial que será tan diferente de la actual como lo fue aquella en que nos introdujo la Revolución Industrial respecto del largo período agrario que la precedió. El elemento inicial, aunque en modo alguno el único, de la fuerza de cambio ha sido el surgimiento de un grupo de tecnologías avanzadas, especialmente las derivadas de la microelectrónica y los descubrimientos en materia de biología molecular. Todos estos elementos están creando lo que, de diverso modo, se denomina sociedad de la información, sociedad postindustrial o sociedades de servicios, en la cual el empleo, los estilos y las perspectivas de vida, los materiales y otras cosas serán muy diferente de lo que son hoy en día para todos los habitantes del planeta.

En un reciente informe del Club de Roma * se discuten los elementos contemporáneos más importantes del cambio. Aquí nos limitaremos a hacer una lista de ellos en un orden un poco aleatorio.

— Las continuas disparidades económicas, tecnológicas, etc., entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo que amenazan la posibilidad de un desarrollo mundial armonioso.

— La explosión de la población mundial que se produce fundamentalmente en el Tercer Mundo y exacerba estas disparidades, deprimiendo el desarrollo, extendiendo la pobreza, el hambre y la enfermedad al tiempo que da lugar a oleadas de migraciones y conflictos étnicos.

— Aumento de la interdependencia de las naciones como consecuencia de las exigencias de una tecnología que se expande y que es intrínsecamente internacional; integración económica, comercio mundial, etc. La consiguiente erosión de la soberanía nacional nos lleva a pensar que el período histórico del predominio de la Nación Estado está empezando a desdibujarse mientras se progresa hacia una sociedad global. La exigencia de autonomía o independencia por parte de grupos étnicos o de otro tipo en todo el mundo es el otro extremo de la misma vara. Acontecimientos trágicos como los de Yugoslavia y los de algunas de las antiguas repúblicas soviéticas pueden surgir en otras partes.

— El surgimiento de poderosos bloques económicos e industriales en América del Norte, Europa y el lejano Oriente están cambiando brutalmente el modelo de la economía mundial. En conjunción con las empresas transnacionales que en su gran mayoría tienen su sede y su capital dentro de estos bloques, la situación económica de otras

* *The First Global Revolution*, de Alexander King y Bertrand Schneider, Londres, Simon and Schuster, 1991, y hasta el momento 16 ediciones en otras lenguas.

regiones, a las que con arrogancia denominamos países residuales, se torna difícil.

— La actual inarmonía en la economía mundial y la falta de confianza en la eficacia de las medidas económicas tradicionales de control indican un gran desgobierno internacional. Esto se demuestra por la acumulación de deudas y superávit exorbitantes. Resulta sorprendente que la única superpotencia política y militar que todavía subsiste sea el mayor deudor de todos los tiempos. Japón, la nueva superpotencia económica, todavía se siente bastante insegura de su papel de actor de la escena internacional. Las deudas de Argentina, Brasil y México han llegado a un nivel de estrangulamiento, mientras que para África, donde la deuda en términos absolutos es más baja que en Latinoamérica, el peso del servicio de la misma resulta paralizante. Al parecer, en estos países la situación se va deteriorando a medida que la atención mundial se vuelve hacia las necesidades de capital de las economías de la Europa oriental. Las ventajas del desarme que se han producido como consecuencia del final de la guerra fría han demostrado lo importantes que eran la fabricación y la exportación de armas para las economías de los países industrializados, entre ellos la antigua Unión Soviética. El desarme está contribuyendo a la prolongación de la presente recesión y al desempleo.

— El colapso del imperio marxista ha llevado a una aceptación general de que las fuerzas de mercado proporcionan la única base efectiva para la economía. La importancia del mercado como institución social para regir las energías productivas de los seres humanos y responder a las necesidades humanas es algo que hoy se reconoce casi universalmente. Sin embargo, como veremos más adelante, no es ninguna panacea, ya que a menudo se exageran sus virtudes para cubrir las apariencias.

— El fin de la guerra fría ha creado también un vacío ideológico con consecuencias difíciles no sólo para los anteriores países comunistas, sino también para las antiguas democracias.

— El desdibujamiento de la dicotomía ideológica, la pérdida de confianza pública en los partidos políticos y en las personalidades políticas, así como la pérdida de la fe en la religión está erosionando la disciplina pública en muchos lugares; las minorías cada vez están menos dispuestas a aceptar las decisiones de la mayoría, de ahí el aumento de la desobediencia, el crimen y la violencia.

— La complejidad, la incertidumbre y la rapidez de los cambios están haciendo cada vez más

difícil la tarea de gobernar para unos gobiernos que tienen horizontes bastante limitados y estructuras rígidas. La elección de los líderes por su carisma en la televisión y la destrucción de los personajes llevada a cabo sin desmayo en los medios de comunicación cada vez disuaden más a las personas serias de entrar en la escena política. La centralización del control de gobierno es percibida por el público como una deshumanización y cada vez se enconan más los ánimos contra las burocracias, que no tiene rostro.

— El deterioro del medio ambiente se percibe cada vez más como una amenaza para el futuro de la sociedad y del planeta. Plantea pesadas limitaciones al crecimiento económico. Suscita cuestiones difíciles relativas a la provisión de suficiente energía limpia en el futuro y a la posibilidad de garantizar los alimentos necesarios para una población mundial en constante expansión. Incluso plantea dudas sobre si será posible mantener una economía basada en la estimulación del consumo.

— Como trasfondo de todas estas mentiras está el número cada vez mayor de ejemplos de las flaquezas humanas, entre ellas las de los barones de la droga y sus agentes, los blanqueadores de dinero, los políticos y hombres de negocio corruptos, la mafia y todos los demás horrores que los medios de comunicación ponen ante nuestros ojos.

Entonces, ¿por qué consideramos los desafíos y cambios contemporáneos como la Primera Revolución Global? Es posible que la difusión del cambio de la fase del hombre cazador y recolector a la del hombre agricultor haya tardado cientos de miles de años. La Revolución Industrial que empezó hace aproximadamente dos siglos en la Europa noroccidental dista mucho todavía de estar completa. Los actuales cambios brutales, sin embargo, se producen en todas partes al mismo tiempo, como resultado de causas igualmente ubicuas, provocando así el *Sturm und Drang* de una revolución universal. La importancia mundial de esta revolución adquiere proporciones aún mayores si reflexionamos sobre el hecho de que su desgobierno podía poner en peligro a toda la especie humana. La nueva sociedad, que está saliendo de la crisálida de las antiguas sociedades que a menudo son arcaicas y decadentes, carece de base ideológica. Está siendo configurada por una mezcla sin precedentes de terremotos geostáticos con elementos sociales, económicos, tecnológicos, culturales y éticos.

LA PROBLEMATICA MUNDIAL

En la revolución global, en la cual del caos tiene que salir un nuevo orden, la interacción entre los diversos elementos tiene una importancia especial. El Club de Roma ha acuñado el término «la problemática mundial» para describir la compleja maraña de problemas mundiales: políticos, económicos, sociales, culturales, psicológicos, tecnológicos, medioambientales y demás a los que hoy nos enfrentamos. Normalmente, cada área problemática es tratada como si fuera autónoma y se considera dentro de una unidad adecuada vertical o sectorial de gobierno, prestando poca atención a los impactos mutuos de unas áreas problemáticas sobre las otras. Los acontecimientos recientes hacen imposible ignorar estas interacciones. El final de la guerra fría, por ejemplo, no sólo está desembocando en cambios geopolíticos, sino que ya ha dado lugar a violentos conflictos, como el de Yugoslavia, a enormes oleadas de refugiados, a dificultades económicas debidas a la reducción en la producción de armas, al desvanecimiento del interés por el desarrollo del Tercer Mundo, entre otras innumerables repercusiones. De modo análogo, la explosión demográfica no sólo amenaza los planes de los países en vías de desarrollo, sino que está provocando migraciones masivas, presiones sobre la situación de la seguridad de la alimentación mundial, problemas de disponibilidad de aguas, entre ellos potenciales conflictos por lo que respecta a los ríos compartidos, la desertización y otros desastres ecológicos. Apenas empezamos a darnos cuenta de la enorme complejidad del sistema mundial, al tiempo que tomamos conciencia de la interdependencia básica de las naciones. Es evidente que esta situación de rápida evolución no puede abordarse de una manera útil mediante políticas de corto plazo. Requiere una visión y una comprensión mucho más profunda de las interacciones dentro de la complejidad de esta problemática.

LAS PERSPECTIVAS A CORTO Y A LARGO PLAZO

No es posible resumir los muchos argumentos de nuestro libro. Nos limitaremos a exponer aquí alguna de las reflexiones sobre la necesidad de estrategias y políticas a largo plazo para que pueda gobernarse la revolución global.

Suponemos que el animal humano es la única especie de la creación consciente de su propia mortalidad y con cierta concepción del futuro. Los

seres humanos individuales se preocupan por el bienestar de la familia, la comunidad, la nación y, en mucha menor medida, del mundo. Invierten en el futuro, contratan pólizas de seguros, regulan la explotación ballenera de modo que sobrevivan especímenes suficientes que puedan ser sacrificados en los años sucesivos y se enzarzan en especulaciones sin límites sobre la vida en el próximo siglo.

Sin embargo, como seres humanos sufrimos una curiosa «enfermedad del mañana» que demasiado a menudo nos lleva a «dejar para mañana lo que debemos hacer hoy». Esta es una enfermedad a la cual son especialmente expuestos los políticos. También con demasiada frecuencia insistimos en la satisfacción inmediata de nuestros deseos, mientras nosotros y nuestros colectivos tratamos de resolver problemas inmediatos de una manera que inevitablemente dará lugar a dificultades aún mayores en el futuro. Con mucha frecuencia vemos que los gobiernos toman decisiones basadas en razones presupuestarias o políticas de corto alcance que van claramente en contra de los intereses a largo plazo. Parece que mientras pensamos en el futuro con mentalidad racional actuamos con demasiada precipitación basándonos en nuestros instintos y en nuestra intuición; aunque somos conscientes de las necesidades de largo plazo actuamos muchas veces basándonos en consideraciones de corto plazo.

Donde más obvio resulta el predominio del corto plazo es en la maquinaria del Gobierno. Un reciente primer ministro británico admitía en sus memorias que mientras estuvo en su cargo pocas veces había podido pensar con más de dos semanas de perspectiva. Las crisis inesperadas, los escándalos, las luchas políticas, la necesidad de apagar algún fuego, los inesperados acontecimientos del extranjero, todos estos elementos distraen de la evolución armoniosa y de la puesta en práctica de las políticas. Pero hay aún otra causa endémica que hace que los gobiernos no miren hacia el futuro. El ciclo parlamentario normal de cuatro o cinco años entre una y otra elección es una característica del sistema democrático. El juego del poder que caracteriza a la política hace inevitable que tanto las administraciones como las oposiciones respondan rápidamente a cuestiones que suscitan las preocupaciones inmediatas del electorado para poder conservar o alcanzar el poder en las siguientes elecciones. Esto hace que problemas de mayor alcance y posiblemente mucho más fundamentales se pospongan hasta después de la elección. Como resultado de ello, la nueva administración hereda una bagaje de dificultades desatendidas que se han agudizado mientras tanto y que

hacen que el Gobierno sea proclive a caer en una crisis, avanzando con paso vacilante de una emergencia a la siguiente. Es preciso salir al encuentro de cada crisis con remedios que puedan suprimir los síntomas, pero que pocas veces van a las raíces de la dificultad. Puesto que las manifestaciones de muchos problemas contemporáneos son de evolución lenta, sus causas no son fáciles de identificar y sí fáciles de ignorar, de ahí que se caiga en la tentación de aplicar medidas cosméticas.

Resulta trágico asistir a los vaivenes de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Un año de cada cuatro del ciclo presidencial se deja librado a las actividades electorales mientras el resto del mundo espera.

Una situación similar existe en muchas de las empresas industriales. Las más complejas, con sus importantes programas de investigación y desarrollo y sus equipos de estrategias empresariales están orientadas esencialmente hacia el futuro. Sin embargo, mientras los gobiernos funcionan bajo la tiranía de las próximas elecciones, muchas empresas funcionan bajo la tiranía del balance del año siguiente, procurando mediante fusiones y compras obtener una cuota aún mayor del mercado en lugar de invertir en innovaciones para responder a las nuevas demandas y crear otras más.

Aquí nos volvemos a topar con la nueva fe en el poder de las fuerzas del mercado. Por importantes que sean es poca la orientación segura que pueden dar en muchas áreas de la política. Reaccionan de manera esencial y exclusiva a señales a muy corto plazo y son incapaces de hacer frente a los problemas globales que requieren un enfoque estratégico a largo plazo o que implican cuestiones de distribución. Por tanto, son incapaces por sí mismas de resolver problemas relacionados con el medio ambiente, la energía, la investigación fundamental, la política social o la justicia. Sólo un grado de intervención pública, basado en el proceso político, que puede utilizar perfectamente el mecanismo del mercado como un instrumento de la política pública, puede abordarlos.

Las fuerzas del mercado pueden tener también peligrosos efectos colaterales si no se controlan. La especulación financiera internacional es un ejemplo elocuente de los excesos debidos a unas fuerzas de mercado movidas por la enloquecida búsqueda de beneficios. En esos casos la especulación se convierte en un juego desconectado totalmente de la realidad económica.

El conflicto entre los enfoques de Gobierno de corto y largo plazo tal vez haya tenido una importancia relativamente secundaria hasta época muy reciente. Pero las circunstancias de los próximos

años cada vez serán más diferentes de las de aquellos días en los que los nuevos problemas iban surgiendo lentamente en el horizonte y su tratamiento no resultaba difícil. Ahora, en cambio, estamos en un período de cambios muy rápidos. El futuro no es lo que solía ser. Avanza de una manera rápida y errática. La confianza en la extrapolación de las tendencias se ha convertido en algo peligroso, porque la curva en evolución de un problema puede presentar discontinuidades inesperadas por el impacto de otras; nos enfrentamos constantemente a la contraintuición.

EL SINDROME DE «NECESIDAD DE UN ENEMIGO»

El fin de la guerra fría ha venido acompañado de una caída de la polarización ideológica que dividió a las naciones desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Hemos entrado en un vacío ideológico. Se considera que han triunfado la democracia y el sistema de libre mercado; sin embargo, en lugar de un período relajado de reconstrucción parece que hubiéramos entrado en una época de descontentos, desórdenes y conflictos étnicos, y esto no se limita en modo alguno a los países liberados de los antiguos regímenes totalitarios. Se está generalizando en las democracias tradicionales donde la despolarización ideológica, aunque menos abrupta, está desdibujando la distinción entre las políticas e ideales de los partidos políticos, minando la credibilidad de los políticos y planteando cuestiones relativas al valor del sistema partidario como tal. En algunas recientes elecciones de Europa, por ejemplo, daba la impresión de que existían pocas diferencias fundamentales entre las políticas preconizadas por los diversos partidos. Las diferencias se han convertido fundamentalmente en diferencias de estilo, de énfasis y de personalidad. Subsiste la antigua confrontación, tan encarnizada como siempre, pero ante el público parece cada vez más hueca y superficial. Las teorías políticas y económicas que motivaban las acciones de algunos y suscitaban la oposición de otros parecen haberse agotado y al parecer avanzamos a tientas por un período dominado por objetivos materialistas y por las trivialidades vacías, seductoras del consumismo. Nos falta una visión común, no de lo que será el mundo del mañana, sino de lo que queremos que sea para poder inventarlo y darle forma. La falta de esta visión hace que carezcamos de una finalidad común y que se vaya debilitando la cohesión y la disciplina de la sociedad.

Qué fácil les resultó a los aliados occidentales, en la Segunda Guerra Mundial, movilizarse contra su enemigo común, el nazismo, con un espíritu muy elevado de motivación compartida. Durante el período de la guerra fría las naciones occidentales lograron un alto grado de cooperación y un objetivo común al oponerse al «imperio del mal», mientras que la Unión Soviética aparecía sólida en su oposición al «Imperialismo Americano». También en el Tercer Mundo los adalides de la libertad, por encima de las diferencias tribales e ideológicas, encontraban su unidad y exaltaban su patriotismo en la lucha contra el enemigo común: el poder colonial. Parecería que hombres y mujeres necesitan una motivación común, es decir, un enemigo común, para organizarse y actuar juntos con determinación.

Así pues, ¿podemos vivir sin enemigos? ¿Es urgente que identifiquemos y señalemos a un nuevo enemigo? De hecho, los nuevos enemigos existen. Su naturaleza y su localización han cambiado, pero no son menos reales y amenazan realmente a toda la especie humana. Sus nombres son la pobreza, las hambrunas, el hambre y la desnutrición, la enfermedad, el analfabetismo, el desempleo, la sobrepoblación, la contaminación, la desertización y la amenaza de desastrosos cambios climáticos. En la globalidad de sus interacciones, estos fenómenos constituyen una amenaza común que exige la solidaridad de todos los pueblos del planeta. Pero al señalar a éstos como enemigos caemos en una trampa. Todos estos peligros están causados por la intervención o por las deficiencias humanas y solamente un cambio de actitud y de conducta puede vencerlas. Tenemos que llegar, pues, a la conclusión de que **EL ENEMIGO COMUN DE LA HUMANIDAD ES EL HOMBRE**.

Esta hipótesis nos llevaría a pensar que la configuración de una sociedad equitativa y sostenible haría necesaria la remodelación fundamental de la conducta humana, la modificación de los estilos de vida de acuerdo con un conjunto de valores sociales e individuales que desemboquen en una vida armoniosa en este planeta. El materialismo de hoy, con sus satisfacciones superficiales, debería dejar lugar a una forma más rica de vida en la cual la realización individual y el desarrollo interior hicieran posible el surgimiento de un tipo mejor de sociedad. Una de sus finalidades sería poner a disposición de todos los ciudadanos del mundo una vida de modesta prosperidad y de auténtica dignidad humana. Se trata, sin duda, de una perspectiva a muy largo plazo y no existen esperanzas de que pueda realizarse a tiempo para evitar la ca-

tástrofe. Mientras tanto, sería necesario consolidarse en una posición.

UN ESCENARIO POSIBLE

Hemos dado a entender que como consecuencia de la polarización ideológica los gobiernos y los pueblos avanzan a tientas entre la falta de objetivos y la incertidumbre. Así pues, hay signos de una ideología naciente en la rápida comprensión de los peligros de la actual situación y ante el surgimiento de la conciencia ecológica. La aparición de los partidos verdes y de los activistas del medio ambiente es algo que se da en todas partes. Lo que hacen y dicen las fracciones más disparatadas de estos movimientos desalientan a muchas personas serias. Sin embargo, ya han ejercido gran influencia sobre los responsables políticos. Los preparativos para la Cumbre de la Tierra de Río en casi todos los países han ampliado y profundizado poderosamente la comprensión de la situación de la especie humana y posiblemente hayan ejercido una influencia mucho mayor que la de la propia conferencia. La percepción de la amenaza a largo plazo que constituyen fenómenos tales como el calentamiento de la tierra y el adelgazamiento de la capa de ozono han convencido a muchas personas de que serán necesarios cambios en los estilos de vida y en la conducta para que sus hijos y nietos puedan heredar una tierra en la cual todavía sea posible una vida digna.

Por otra parte, están empezando a elevarse poderosas voces contraecológicas, especialmente en los Estados Unidos, que denuncian enérgicamente el «fanatismo» medioambiental, exigiendo una explotación incontrolada de los recursos económicos, un alto crecimiento económico, y acusando a los medioambientalistas de fuerzas del mal y de falta de espíritu religioso al desafiar el mandato del primer capítulo del Génesis, según el cual el hombre debe multiplicarse, dominar la tierra y también a todas las demás especies vivientes. En los Estados Unidos están en marcha actualmente muchos juicios en los que se demanda por sumas astronómicas a los ecologistas en compensación por la demora y la oposición a algunos planes de desarrollo.

Así pues, nos encontramos en los comienzos de una nueva polarización, y es muy probable que asistamos en algunos países al surgimiento de partidos que, dicho sin ambages, son partidarios de la conservación, en el sentido más amplio de la palabra, mientras que otros abogan por la explotación. No se trataría de partidos contruidos en tor-

no a un tema único, y, dicho de otra manera, la dicotomía ideológica se establecería entre los grupos que abogan por las políticas a largo plazo y los que se dedican a las ganancias a corto plazo. Los partidos del largo plazo serían partidarios de políticas generacionales; lucharían por el crecimiento económico, pero a un ritmo acorde con la sostenibilidad y con el énfasis en los objetivos de calidad del crecimiento; alentarían la conservación de la energía y los recursos naturales y la preservación del medio ambiente; su investigación científica y sus prioridades tecnológicas pondrían de relieve las necesidades sociales. Los partidos de «explotación», por el contrario, abogarían por un rápido crecimiento económico basado en la percepción de corto alcance de las necesidades y de la explotación plena de los recursos naturales, pero tratarían de contrarrestar el agotamiento de los recursos y el daño medioambiental mediante un desarrollo tecnológico. Por supuesto que esos partidos no se llamarían explícitamente «conservacionistas» y «partidarios de la explotación», respectivamente, sino que seguirían usando sus denominaciones tradicionales.

La transición hacia una dicotomía ideológica de este tipo sería gradual.

EPILOGO (del libro *La Primera Revolución Global*)

Viviendo como vivimos en los prolegómenos de la Primera Revolución Global, sobre un pequeño planeta que parecemos endiabladamente proclives a destruir, enfrentados a conflictos, en un vacío ideológico y político, enfrentados a problemas de dimensiones globales que unas Naciones Estado en decadencia son impotentes para resolver, con inmensas posibilidades científicas y tecnológicas para el mejoramiento de la condición humana, ricos en conocimientos pero pobres en sabiduría,

buscamos las claves para la supervivencia y la sostenibilidad.

Al parecer, la única esperanza estaría en una acción común emprendida a la luz de la comprensión común de los peligros y del carácter común del interés propio de todo hombre y mujer. Hemos subrayado la importancia de la conducta y de los valores individuales que constituyen las células de este organismo al que llamamos sociedad, que determinan su funcionamiento y su ética. Es probable que sólo una evolución interna del individuo pueda provocar un raptó fundamental de sabiduría. Las grandes religiones, en sus aspiraciones más puras, han tratado de hacer posible esto a lo largo de los siglos, con pocos signos exteriores de éxito. Por tanto, no podemos esperar milagros y tenemos que consolidarnos en una situación. Esta sólo puede basarse en el cultivo mundial de un interés propio ilustrado y común por la supervivencia de la especie y de las sociedades humanas. Esto, a su vez, sólo puede lograrse mediante una comprensión universal de la situación humana, de sus peligros y sus promesas.

Para la creación de esta solidaridad nuestra biología y nuestro egoísmo pueden ser potentes aliados. Para la mayoría de la gente el egoísmo no se limita a su vida individual, sino que se extiende a la de sus hijos y nietos, con cuya existencia se identifica. Por tanto, debería ser posible luchar, de una manera egoísta si se quiere, para propiciar las circunstancias que harán posible una existencia digna y realmente humana para las generaciones futuras. Un esfuerzo de este tipo implicará muchos sacrificios materiales para la actual generación, pero también debería traer aparejados abundantes beneficios para los aspectos cualitativos de la vida.

Si queremos tener éxito en la inculcación de una solidaridad mundial como ética suprema de la supervivencia, el primer paso consiste en despertar la comprensión.